



NARRATIVAS DE LA EXPANSIÓN IBÉRICA EN EL PACÍFICO: UN ANÁLISIS COMPARATIVO DE DOS VERSIONES SOBRE LA EXPEDICIÓN DE VILLALOBOS (1542)

*Paula Hoyos Hattori**

RESUMEN: El artículo propone la lectura comparativa de dos versiones sobre la expedición que partió desde la Nueva España hacia el oeste en 1542, bajo el mando de Ruy López de Villalobos. Se plantea el análisis y la comparación de dos documentos: (i) un informe oficial, redactado por García Descalante Alvarado en Lisboa en 1548; (ii) una carta del jesuita Cosme de Torres (1510-1570), escrita en Goa el 25 de enero de 1549. Los autores de ambas fuentes formaron parte de la comitiva de Villalobos, pero sus narrativas acerca de la expedición resultan marcadamente distintas. El artículo concluye que las dos versiones manifiestan, por un lado, la explícita rivalidad luso-hispánica por el dominio del océano Pacífico y, por otro, la deliberada construcción de relatos oficiales que contribuían a uno u otro bando en el marco de esa competencia.

PALABRAS CLAVE: Portugal, España, expediciones, océano Pacífico, jesuitas, siglo XVI.

* Licenciada y profesora en Letras por la Universidad de Buenos Aires, en donde se desempeña como docente de literatura europea del Renacimiento. Becaria doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de Argentina (CONICET). La autora agradece al Dr. Mariano Bonialian, cuyo seminario de doctorado “Lo colonial en perspectiva mundial. América Latina y sus relaciones con China y Europa, siglos XVI-XVIII” disparó la investigación volcada en este artículo. Contacto: paulahoyosh@gmail.com

*NARRATIVES ABOUT THE IBERIC EXPANSIONISM IN THE
PACIFIC: A COMPARISON OF TWO VERSIONS ABOUT THE
VILLALOBOS EXPEDITION (1542)*

ABSTRACT: The paper aims to analyze the Spanish expedition headed by Ruy López de Villalobos, that left from New Spain in 1542. Two documents provide different points of view about the same expedition: (i) one official report, written by García Descalante Alvarado in Lisbon, in 1548; (ii) one letter, written by the Jesuit Cosme de Torres (1510-1570) from Goa (India), in 1549. The comparison of the texts shows how the rivalry between the Spanish and the Portuguese kingdoms were running at the time in the Pacific Ocean. Besides, the second document was edited during the 16th century, which reveals the discursive component in that rivalry.

KEY WORDS: Portugal, Spain, Pacific Ocean, Expedition, Jesuits, 16th century.

Recibido: diciembre 2015

Acceptado: enero 2017

Introducción

Desde fines del siglo XV, las Coronas de Portugal y España protagonizaron la expansión ultramarina europea, carrera que las enfrentó por la explotación y el dominio de las tierras a las que arribaban. Esta competencia, si bien extensamente estudiada, será abordada en este trabajo a partir del análisis comparatista de dos documentos que brindan versiones disímiles sobre la llamada Expedición Villalobos. Esta expedición, de bandera hispana, partió desde la Nueva España bajo el mando de Ruy López de Villalobos en 1542, con el objetivo de explorar los mares del Pacífico Sur en procura de la Especiería, un conjunto de islas ricas en especias anhelado por los europeos e identificado con el archipiélago de las Molucas. Una serie de imprevistos que detallaremos más abajo (enfrentamientos con los nativos, falta de alimentos, desconocimiento del camino de regreso hacia América por el Pacífico) llevaron a los navegantes a requerir del auxilio de los portugueses para poder regresar al Viejo Mundo.

En este artículo proponemos el estudio de dos documentos disímiles, que nos permitirán, por un lado, reconstruir los pormenores de la aventura militar de Villalobos, y, por otro, reflexionar acerca del establecimiento deliberado de narraciones oficiales sobre las experiencias de ultramar, que las dos Coronas ibéricas auspiciaban y requerían para legitimar sus empresas expansionistas. El

primero de los textos a analizar es el informe de uno de los viajeros españoles, García Descalante Alvarado, firmado en 1548 en Europa, impreso junto a otros documentos inéditos del Archivo de Indias en 1866. El segundo es una misiva redactada por el jesuita valenciano Cosme de Torres (1510-1570) en Goa, el 25 de enero de 1549, incluida, entre otros epistolarios, en la monumental colección de misivas ignacianas editada en la ciudad de Évora en 1598¹. Desde una perspectiva que privilegia el análisis textual de las fuentes, sostenemos que el contrapunto entre ambas echará luz acerca de la construcción intencionada de narrativas oficiales, que perseguían determinados objetivos en el marco de la competencia luso-hispánica por los dominios de ultramar.

Antes de comenzar con la comparación entre ambas versiones de la expedición, y para poder comprender debidamente el contexto de las empresas ultramarinas europeas, recapitulamos sucintamente el estado de las expediciones ibéricas en el Pacífico desde el siglo XIV.

Portugal y España en la contienda por el Pacífico

1. Consolidación de la vía lusa entre Europa y Asia

Las inquietudes colonialistas portuguesas se remontan a la primera mitad del siglo XV, cuando bajo el reinado de João I (1357-1433), Enrique “el Navegante” (1394-1460) inició las campañas de exploración de la costa africana. Tras la toma de Ceuta (1415) y ya como gobernador de Algarve, el infante Enrique convocó en su pequeña corte de Sagres “no sólo [a] navegantes, sino astrónomos, constructores de barcos, cartógrafos, fabricantes de instrumentos”², para hacer del imperio portugués el precursor de la carrera europea de ultramar.

Entre los hitos del recorrido luso nacido bajo el auspicio de Enrique, cuentan: los intentos de conquista de las Canarias en 1424 y 1434; la colonización de Porto Santo en 1420 y la subsiguiente ocupación de las Madeira; la primera

¹ *Cartas que os padres e irmãos da Companhia de Iesus escreuerão dos Reynos de Iapão & China aos da mesma Companhia da Índia, & Europa, des do anno de 1549 até o de 1580*. Utilizamos la siguiente edición facsimilar: *Cartas que os padres e irmãos da Companhia de Iesus escreuerão dos Reynos de Iapão & China aos da mesma Companhia da Índia & Europa, des do anno de 1549 até o de 1580. Primeiro tomo (Edição fac-similada da edição de Évora, 1598)*, Maia, Castoliva, 1997. En lo sucesivo, citaremos esta fuente como: *Cartas de Évora*, N°folio recto/verso. Incluimos en el cuerpo del texto nuestras traducciones al castellano y, en nota al pie, el original en portugués, respetando su ortografía y modismos.

² Parry, John H., *Europa y la expansión del mundo (1415-1715)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1975 (1949), p. 37.

navegación al sur del cabo Bojador en 1434; la exploración de siete de las islas Azores en 1439; el arribo al cabo Blanco en 1442; la construcción de la primera factoría portuguesa *além-mar* en la isla de Arguim (hoy Mauritania) en 1448; el hallazgo y poblamiento del archipiélago de Cabo Verde hacia 1460³. Tras la muerte del príncipe navegante, la empresa colonial prosiguió en ritmo lento hasta la coronación de João II (1455-1495), en 1481.

La competencia luso-castellana data de esta primera etapa de exploraciones y conquistas. El enfrentamiento entre ambas Coronas por el dominio sobre las islas Canarias –fieramente defendidas por los nativos guanches– se mantuvo implícitamente hasta que en 1475 “la guerra corsaria entre las islas fue absorbida por la guerra de sucesión entre España y Portugal”⁴ y, finalmente, el Tratado de Alcaçovas cerró la disputa en 1479. Con la firma del documento, que sellaba la paz entre los reinos, “Portugal se aseguró todas las islas que antes habían estado deshabitadas, y Castilla solamente las islas Canarias”⁵.

Bajo el reinado de João II y su sucesor, Manuel I (1469-1524), tuvo lugar una nueva serie de hazañas de navegación lusas, que posibilitaron la triunfal llegada de Vasco da Gama a Calcuta en 1498: en 1486 Diego Cao arribó al cabo Cross; en 1487, Bartolomeu Dias logró por primera vez ir más allá del cabo de Buena Esperanza y del cabo Agulhas, el más meridional del continente africano. Así, Dias contribuyó a la circunvalación del África y a la consolidación de la ruta a Asia, centro de los intereses comerciales y colonialistas del imperio portugués en las décadas siguientes. Además, las noticias del exitoso viaje de Colón iniciaron un nuevo capítulo en la rivalidad entre lusos y castellanos, mediada por Alejandro VI con el Tratado de Tordesillas (1494), que, al delimitar los campos de acción de ambas Coronas, “impulsó las exploraciones portuguesas a lo largo de la ruta marítima oriental hacia la India”⁶.

En su segundo viaje, en 1502, Vasco da Gama fundó la factoría de Cochín, alrededor de la cual se organizaría la presencia lusa en el Índico bajo el Virreinato de Don Francisco de Almeida. Su sucesor, con el título no de Virrey sino de Gobernador⁷, Afonso de Albuquerque (1453-1515), fue el encargado desde 1509 de “transformar un comercio marítimo intruso basado en Lisboa en una

³ Abulafia, David, *El descubrimiento de la humanidad. Encuentros atlánticos en la era de Colón*, Barcelona, Crítica, 2009, pp. 120 y ss.

⁴ Parry, 1975, op. cit., p. 61.

⁵ Abulafia, 2009, op. cit., p. 133.

⁶ Abulafia, ibídem, p. 265.

⁷ Subrahmanyam señala que Manuel I, por temor a los detractores de Albuquerque en la corte lisboeta, decidió darle ese título y no el que antes detentaba Almeida. Véase: Subrahmanyam,

cadena de establecimientos comerciales y navales permanentes que cubriera por completo el Medio Oriente”⁸. Con la conquista de Goa en 1510, de Malaca en 1511 y de Ormuz en 1515, además de la llegada a las Molucas en 1512, el viaje del portugués Jorge Álvares a China en 1513 y el posterior establecimiento de una colonia en Macau, la vía portuguesa del comercio de las especias se consolidaba definitivamente⁹.

2. Castilla en la carrera por las Islas de las Especias

En el *Diario del primer viaje*, Colón (c. 1451-1506), tras haber avistado la costa americana, plasmó su certeza de haber arribado a las Indias Orientales por vía atlántica. En la entrada del domingo 21 de octubre de 1492, señala: “partir[é] para otra isla grande mucho, que creo que debe ser Cipango, según las señas que me dan estos indios que yo traigo”¹⁰. *Cipango* es el nombre con el que Marco Polo (1254-1324) se refiere a Japón en *Il milione*, texto que Colón leyó, y que se mantenía vigente como material de consulta sobre la geografía del este asiático, a pesar de que Polo mismo admitiera no haber pisado tierras niponas, sino que las describía basado en lo que había oído desde el *Catay* (China)¹¹.

El equívoco colombino fue finalmente corregido por el florentino Américo Vespucio (1454-1512), quien interpretó que la gran masa terrestre cuyas costas recorrió en dos viajes comprobados no era Asia, sino un continente “nuevo”. La carta en que Vespucio anuncia el “Mundus Novus” circuló ya en 1502 por Europa y fue reimpresa en 1507 por Martin Waldseemüller, junto con un mapamundi que asignaba el nombre de pila del navegante a ese continente¹². Con esta información, la empresa castellana en pos de la ruta hacia la Especiería requería del hallazgo de “un estrecho a través de una masa terrestre cuyas dimensiones de este a oeste eran desconocidas”¹³. Las exploraciones de Solís y Magallanes nacieron con este propósito.

Sanjay, *The Portuguese empire in Asia: 1500-1700*, Sussex, John Wiley & Sons, 2012, pp. 67 y ss.

⁸ Parry, 1975, op. cit., p. 53.

⁹ Flores, Jorge Manuel, “China e Macau”. En Oliveira Marques (Dir.), *História dos Portugueses no Extremo Oriente, 1º vol., Tomo II: De Macau à Periferia*, Lisboa, Fundação Oriente, 2000, p. 158.

¹⁰ Colón, Cristóbal, *Diario, cartas y relaciones. Antología esencial*, Buenos Aires, Corregidor, 2012, p. 143.

¹¹ Véase: Abulafia, 2009, op. cit., p. 39 y pp. 189 y ss.

¹² Véase: Vespucio, Américo, *El Nuevo Mundo. Cartas relativas a sus viajes y descubrimientos*, Buenos Aires, Editorial Nova, 1951.

¹³ Parry, 1975, op. cit., p. 73.

En 1519, el portugués Fernando de Magallanes, quien había estado en 1511 en la toma de Malaca encabezada por Albuquerque y por lo tanto conocía bien la topografía del Índico, puso su pericia al servicio de la corona castellana, y partió con rumbo sudoeste en busca del anhelado pasaje a las Indias Orientales. Tal como testimonia el escribiente de a bordo, Antonio Pigafetta, superviviente de la travesía, tras una conflictiva estadía en la costa patagónica, hallaron el estrecho que hoy lleva el nombre de Magallanes, y lograron atravesarlo el 28 de noviembre de 1520¹⁴. El resultado de la expedición, sin embargo, no fue promisorio: de los doscientos sesenta y cinco tripulantes que partieron en cinco naves en 1519, solo arribaron dieciocho en la nao *Victoria* a Sevilla tres años más tarde, y el paso interoceánico que habían hallado era peligroso y de difícil acceso. Sin embargo, su travesía por las islas de las Especias o Molucas constituye un hito de la historia que aquí nos proponemos reconstruir, pues, por un lado, testimonia la temprana presencia portuguesa en la zona y, por otro, define las posteriores empresas castellanas al mando de Loaisa (1524), Álvaro de Saavedra (1527) y, la que aquí nos interesa en particular, Villalobos (1542).

Recapitulamos entonces que el viernes 8 de noviembre de 1521, bajo el mando de Sebastián Elcano por la muerte de Magallanes en abril de ese año, la expedición fondeó en la isla de Tidore, una de las Molucas, y fue bienvenida por su rey¹⁵. En la noche del miércoles 13, arribó un portugués de nombre Pedro Alfonso, que informó a los navegantes que por mandato real, los portugueses debían impedirles que se establecieran en las islas. En palabras de Pigafetta: “nos dijo que hacía diez años que el rey de Portugal obtenía gran utilidad de aquellas islas, por lo que siempre había puesto gran cuidado en que no fueran conocidas de los españoles”¹⁶. De todos modos, lograron establecer buenas relaciones con el rey de Tidore, que en ese momento estaba enfrentado con los portugueses y con los habitantes nativos de Ternate, otra de las islas; incluso un grupo de cincuenta y siete europeos se quedó allí, para reparar la nao *Trinidad* y retornar por el Pacífico a Nueva España. El regreso de Elcano, aunque en una única nave maltrecha y con escasos sobrevivientes, evidenció el “estado de guerra más o menos abierta entre españoles y portugueses en las islas”¹⁷.

¹⁴ Decidieron pasar el invierno de 1520 en el puerto patagónico que denominaron San Julián, y allí se desató “un complot para asesinar a Magallanes” que fue desarticulado por el capitán portugués, con el ajusticiamiento de quienes lo habían encabezado. Pigafetta, Antonio, *Primer viaje alrededor del mundo*, Buenos Aires, El elefante blanco, 2004, p. 46.

¹⁵ Pigafetta, *ibídem*, p. 103.

¹⁶ *Ibidem*, p. 110.

¹⁷ Parry, 1975, *op. cit.*, p. 79.

En 1524, partió una segunda expedición española a Tidore pero “los barcos al mando de Jofre de Loaisa (...) no regresaron”¹⁸. En 1527, otro intento fallido que partió desde Nueva España estuvo a cargo de Álvaro de Saavedra. A sabiendas de que “los portugueses dominaban la situación en el Oriente”¹⁹ y con ajustado presupuesto imperial, al año siguiente Carlos V firmaba el Tratado de Zaragoza, según el cual “cedía a Portugal por 350.000 ducados todos sus derechos a las Molucas”²⁰. Este cambio en la situación política de las islas de la Especiería implicó que aquellos españoles de la expedición de Magallanes que habían quedado en Tidore debieran rendirse ante los portugueses. Sin embargo, algunos aún permanecían en el área cuando, en 1542, la flota de Villalobos debió entrar en territorio luso, como veremos a continuación.

La expedición de Villalobos

El competitivo entramado de viajes españoles y portugueses que hemos reconstruido es el marco en el que nació la expedición de Ruy López de Villalobos, en la que nos centraremos en el resto del trabajo. Como punto crítico de la división territorial acordada mediante tratados, las islas del Pacífico fueron el escenario de una tensión que amenazó la paz entre las Coronas ibéricas.

Uno de los sobrevivientes de la expedición de Loaisa, Andrés de Urdaneta, en 1537 llevó noticias a la península ibérica sobre la riqueza en especias de las islas del Pacífico. La información llegó a oídos de Pedro de Alvarado, quien se encontraba de paso por Madrid y, tras su regreso a México, “celebró un acuerdo con el virrey Mendoza”²¹ para llevar a cabo una expedición desde Nueva España con rumbo oeste. Por la muerte de Alvarado, Villalobos fue elegido capitán de la expedición, y ésta partió el 1 de noviembre de 1542 del puerto de Joan Gallego (o Puerto de Navidad), “con orden expresa de no tocar las Molucas”²² que, como hemos dicho, formaban parte de los dominios portugueses desde el Tratado de 1529.

A continuación, analizaremos el informe oficial sobre la expedición, firmado por García Descalante Alvarado, desde Lisboa, en 1548. Luego, ahondaremos

¹⁸ Knauth, Lothar, *Confrontación transpacífica El Japón y el Nuevo Mundo Hispánico 1542-1639*, México, Universidad Autónoma de México, 1972, p. 35.

¹⁹ Parry, 1975, op. cit., p. 79.

²⁰ *Ibidem*, p. 80.

²¹ Knauth, 1972, op. cit., p. 36.

²² Santanaya, Agustín, *La Isla de Mindanao: Su Historia y su Estado Presente, con Algunas Reflexiones Acerca de su Porvenir*, Madrid, Alhambra y Compañía, 1862, p. 11.

en el segundo documento, la epístola redactada por otro de los miembros de la expedición, el religioso Cosme de Torres en 1549. Por último, sistematizaremos las diferencias en las narrativas de ambos escritores para brindar finalmente las conclusiones del trabajo, en las que cobra especial relevancia la construcción discursiva de las fuentes documentales.

Hambre y tensión ibérica en la expedición de Villalobos, según García Escalante Alvarado

El relato de García Descalante Alvarado, escrito tras arribar a Europa por la vía portuguesa, fue impreso en 1866 junto a otros documentos hasta entonces inéditos del Archivo de Indias. En esta versión de los hechos, como veremos en detalle, el hambre y la enemistad con los portugueses constituyen los conflictos principales.

Tras la partida desde Nueva España, Alvarado narra el hallazgo de una serie de islas en el Pacífico y el arribo a Mindanao, a la que llamaron *Cesarea Karoli*, en la que intentaron sin éxito asentarse. Debieron partir hacia el sur, a una isla más pequeña que lograron ocupar tras un violento enfrentamiento con los locales. Desde este punto, la necesidad de abastecerse se volvió el móvil de las acciones de los viajeros. Según el relato de Alvarado, la situación legitimó el uso indiscriminado de violencia contra los nativos, a los que “se les dio combate, y en breve espacio se les ganó el pueblo”²³. Una vez conquistada la tierra, la tripulación intentó cultivar pero, ante un primer fracaso, optó por volver a combatir y saquear:

hizo el General que todos sembrasen maiz, lo cual se sembró dos veces é no nasció, de lo cual se escandalizaron todos, porque *decian que no venian á sembrar, sino á conquistar*, y que era mejor tomar los mantenimientos que allí se hallaron, y antes que se acabasen, buscar en otra parte; porque *querian más morir en la guerra peleando, que no en aquella isla de hambre*²⁴

²³ Alvarado García Descalante, “Relación del viaje que hizo desde la Nueva-España á las Islas del Poniente Ruy Gómez de Villalobos, por orden del virey D. Antonio de Mendoza”. En Torres de Mendoza, (Ed.), *Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas en América y Oceanía, sacados de los Archivos del Reino y muy especialmente del de Indias, tomo V*, Madrid, Imprenta de Frias y compañía, 1866, p. 121. Respetamos la ortografía tal como aparece en el documento.

²⁴ *Ibidem*, p. 123.

El itinerario prosiguió hacia otras islas al sur de Mindanao, en las que la situación fue similar:

Habiéndoles requerido [a los nativos] que nos vendiesen bastimentos, no lo queriendo hacer, no haciendo caso de la fortaleza del peñol, le[s] combatimos, (...) y no queriendo rendirse, murieron todos, que no escaparon sino algunas mujeres y niños, (...) el bastimento que (...) hallamos fue muy poco²⁵

Los días se sucedían y “el hambre era tanta, que la gente no la podía sufrir, y della murieron muchos españoles é indios esclavos que de esa Nueva-España trajeron”²⁶. Finalmente, el derrotero desesperado los hizo llegar a terreno luso:

la comida en la nao era tan poco, que (...) no había más de para diez días, y aquella tierra era tal, que ningún remedio esperábamos, acordamos de partimos en busca de la galera [que había partido con rumbo norte a buscar comida]; y no la hallando á dó pensábamos que estaba, se dexó al pie de un árbol una carta que decía que íbamos en demanda de una isla pequeña, de que teníamos noticia, y si no la podiésemos tomar, á Zamafo [Moratai]. Y no pudiendo tomar la isla, á causa de mucha *serrazon y corrientes*, las cuales *nos llevaron sin viento* en el golfo á Zamafo, y allegamos á un pueblo que se llama Zagala, que es del rey de Gilolo. Acaeció que, al tiempo que llegamos á esta provincia, que llaman costa de Moro, *con la necesidad ya dicha*, estaban en ella portugueses haciendo guerra á unos pueblos del rey de Gilolo²⁷

Desplazando la voluntad del Capitán, los móviles de la acción en el fragmento citado son la búsqueda de comida y algunos fenómenos naturales (cerrazón, corrientes marítimas, ausencia de vientos favorables). Así, la narración de Alvarado procura que el arribo a las Molucas (es decir, la intromisión en terrenos que para los europeos se encontraban bajo la potestad de la corona portuguesa) no pudiera interpretarse como intencional.

Tras la “casual” llegada, los españoles primero establecieron relaciones con el monarca de la isla de Gilolo²⁸, y luego con el de Tidore, en cuya tierra se establecieron durante tres años²⁹. Desde el comienzo, la presencia de la flota española incomodó a los portugueses que aparecen en el relato sin voluntad de ayudar siquiera en el aprovisionamiento a sus vecinos ibéricos: “[los lusos]

²⁵ *Ibidem*, pp. 126-7.

²⁶ *Ibidem*, p. 128.

²⁷ *Ibidem*, pp. 131-32, nuestro destacado.

²⁸ Hoy llamada Halmahera.

²⁹ *Ibidem*, p. 148.

inducieron (sic) á los naturales que no nos vendiesen ningun bastimento, amenazándolos si los vendiesen”³⁰. Si bien el escriba no declara que la hostilidad fuera explícita, sí se encarga de manifestar sus sospechas:

Las cosas ocultas no es lícito afirmarlas, empero hay algunas que por congeturas (sic) se pueden conocer, y esta, que á nosotros nos acaeció con los portugueses, casi es tan clara, que se puede decir que la tractaban abiertamente, tractando nuestro daño, así con los naturales como con algunos españoles, de secreto³¹

Por otra parte, el enfrentamiento entre los dos bandos de europeos se volvió innegable cuando los españoles se establecieron en Gilolo y trabaron buenas relaciones con su rey, que estaba en guerra con los portugueses. Y aún más cuando abandonaron esa isla con rumbo a Tidore³². Sin embargo, el relato es cauteloso a la hora de presentar a los españoles como aliados de los nativos, primero, al reiterar que el pacto derivó del hambre de la tripulación, y luego, al mencionar que fueron a Tidore “con condición que no se había de hacer guerra a los portugueses ni á cosa suya, ni se les había de quitar su contratación del clavo”³³. Es decir, si y solo si se respetaban la paz y los acuerdos comerciales lusos.

En 1545, ya sentada la base española en Tidore y mientras aguardaban el regreso de dos expediciones que habían partido a Nueva España en busca de ayuda, arribó un nuevo Capitán de Maluco, el portugués Jordão de Freitas³⁴, quien modificó el tablero de fuerzas e intereses que hasta entonces se mantenía en tenso equilibrio. A poco de llegar, Freitas envió a Villalobos a través de un tripulante el mensaje de que “le rogaba que le ayudase con su gente para ir a hacer guerra al rey de Gilolo”. La respuesta, según Alvarado, se basó en el consenso del conjunto de los españoles y fue negativa³⁵.

Pero, casi al unísono, otra oferta llegó a Villalobos:

³⁰ *Ibidem*, p. 132.

³¹ *Ibidem*, p. 135.

³² Dice Alvarado: “El rey de Tidore (...) nos vino en persona á rogar que nos fuésemos á su isla, y que nos daría de comer; y esto fue porque los portugueses, recelándose que este rey, por haber siempre sido amigo de castellanos, [por lo que] nos acogeria en su isla, le querían prender” (*Ibidem*, p. 136).

³³ *Ibidem*, p. 136.

³⁴ Mencionado en la fuente como Jordan de Fretes.

³⁵ “Resolvimos todos que no era bien dar la gente ni ayuda contra el rey de Gilolo” (*Ibidem*, p. 142).

el rey de Gilolo envió un principal suyo con recaudo para el General y para el rey de Tidore, en que les decía (...) que le parecía, pues el tiempo se acercaba en que los portugueses de la India habían de venir, que era de allí á dos meses, que se debían de apercebir porque no los tomasen desapercibidos; y que para esto era bien que se juntasen el General [Villalobos] y los dos reyes [el de Gilolo y el de Tidore] y se confederasen todos tres³⁶

Entre dos flancos declaradamente enemigos entre sí, los españoles se vieron disputados como aliados estratégicos. Anoticiado Freitas sobre la propuesta de Gilolo a Villalobos, y sabiendo también que el español se encontraba reunido en Tidore con el “rey” para tomar una decisión conjunta, se acercó al arrecife de esa isla y “estuvo platicando con el General, diciéndole (...) que *le rogaba que no ayudase á los moros*, y que la amistad qué tenía puesta la guardaría, y que fuésemos buenos amigos, que ellos lo serían nuestros”³⁷. El portugués apeló al argumento religioso para que Villalobos pudiese identificarse con la causa lusa, pero en el bando español el problema del hambre seguía siendo el de mayor peso, y por ende, la proveeduría del rey de Tidore auspiciaba una alianza con los locales.

Para ejercer aún más presión sobre Villalobos, el 22 de octubre de 1545 arribó a Ternate una armada portuguesa proveniente de India, encabezada por el capitán Fernão de Sousa³⁸, decidida a conquistar las islas de la Especiería. Mientras tanto, el navío español que había partido con rumbo a Nueva España regresó a Tidore sin haber podido encontrar el rumbo del tornaviaje³⁹. Así, sin la posibilidad de volver a territorio hispano por la vía del Pacífico y a la espera de una improbable flota de ayuda, la supervivencia de lo que quedaba de la tripulación de Villalobos requería de una decisión certera y veloz.

Y es en este punto del relato cuando Alvarado comienza a diferenciar la voluntad política del General hispano del resto de la armada. Narra, primero, que Villalobos envió a Sousa una carta que “no la amostró á nadie ni supimos lo que escribía”⁴⁰, y luego, que ambos se reunieron únicamente en presencia de un prior de Ternate –probablemente luso, dado que había llegado con Sousa–

³⁶ *Ibidem*, p. 150.

³⁷ *Ídem*.

³⁸ Mencionado en la fuente como Hernando de Sosa.

³⁹ Andrés de Urdaneta estableció el camino de regreso Filipinas-Nueva España recién en 1565.

⁴⁰ Alvarado, 1866, *op. cit.*, p. 165.

y que “estuvieron hablando en secreto”⁴¹. Sobre lo acontecido algunos días después, narra lo siguiente:

el General [Villalobos] me invió á llamar en el monasterio, y allí me dixo que lo quel campo⁴² pedía, que Hernando de Sosa no quería hacer nada dello. Y que [él mismo, Villalobos] (...) había dejado al Prior un papel, con ciertos capítulos que demandaba, que era que le levasen por la India y le diese[n] á él y á los suyos embarcación para España, y que se lo habían concedido; y que él no podía hacer otra cosa⁴³

La decisión de Villalobos de pedir ayuda a Sousa para retornar al Viejo Mundo por la vía del Índico es presentada en el texto como una capitulación, como la aceptación del fracaso de la expedición y de la supeditación de España ante Portugal. Al día siguiente, Alvarado y otros dos tripulantes de la expedición le sugirieron a su Capitán que “mirase cuán obedecido había sido de los suyos, y no diese ocasión á que le desacatasen, porque el día que le viesen *entregado* á portugueses, no le acatarían ni ternían en nada, ni harían más cuenta dél, que de un soldado”⁴⁴. En suma, le sugerían un posible levantamiento.

Ahora bien, ¿qué era lo que los del “campo” preferían? Antes del discreto concilio Villalobos-Sousa, el español había consultado la opinión de sus coterráneos; sus demandas, explyadas por Alvarado, eran: (i) que se acordaran “paz y tregua”; (ii) o bien, que se solicitara “tregua por tiempo limitado” y “un navío en que todos pidiésemos salir é irnos” para “volver á la Nueva-España”, con el compromiso de no volver a pisar terrenos lusos; (iii) que se perdonara al rey de Tidore, por ser vasallo declarado del rey de España. El pasaje más sugerente, sin embargo, es el que sigue a estas peticiones:

y como Hernando de Sosa no viniese en nada de lo arriba pedido, y nos quisiese hacer guerra, que en tal caso, se le debía requerir que no la hiciese (...) [pero] haciéndonos la guerra, nos debíamos defender hasta más no poder, para lo cual los más se ofrecieron y dijeron que estaban aparejados para morir por la honra de la nación española y de sus bienhechores⁴⁵

⁴¹ *Ibidem*, p. 168.

⁴² El “campo” es la tripulación.

⁴³ *Ibidem*, p. 169.

⁴⁴ *Ibidem*, p. 170.

⁴⁵ *Ibidem*, pp. 167-68.

El texto explicita la preferencia de la tripulación a morir antes que verse “constreñidos ni forzados á nos entregar á otra ninguna nacion”, es decir, a regresar a Europa en barcos de bandera lusa.

La rivalidad entre España y Portugal, fomentada por la guerra de 1475, encontró en la división territorial de las islas del Pacífico un nuevo capítulo, que se basó en la vaguedad del límite establecido por el Tratado de Tordesillas, y su omisión de la determinación de un antemeridiano⁴⁶. Con un acuerdo oficial impreciso y sin capacidad de ponerlo en práctica sobre el terreno en disputa (¿por dónde pasaba *exactamente* el primer meridiano que limitaba los dominios de las dos Coronas?, ¿qué antemeridiano debía tomarse como segunda demarcación?), no sorprende encontrar la indeterminación del linde como único argumento en los dos requerimientos que la tripulación presentó a Villalobos: “estas tierras no están averiguadas ni sabidas que sean del serenísimo señor rey de Portugal, antes, *por lo que hemos oido á vuestra merced que entiende de cosmografía* y á otros muchos, son y pertenecen á S.M.”⁴⁷.

Tras el *racconto* minucioso de los requerimientos y sus respectivas respuestas, Alvarado señala que los españoles se vieron obligados a colaborar con los portugueses en un ataque a los sultanados de Gilolo y Tidore, y luego, por fin, se hicieron a la mar en naves lusas con rumbo al Viejo Mundo, el 18 de febrero de 1546⁴⁸.

En toda la fuente, la única mención al padre Cosme de Torres –autor del segundo documento que analizaremos– es su nombre, enlistado en la “Memoria de los castellanos que son vivos, del armada de vuestra ilustrísima señoría” que aparece al final del informe de Alvarado. Sin embargo, sabemos que él estuvo entre los tripulantes españoles que abandonaron el periplo antes de poner

⁴⁶ Véase: Drumond Braga, Isabel, “Molucas”. En Oliveira Marques, (Dir.), *História dos Portugueses no Extremo Oriente, 1º vol., Tomo II: De Macau à Periferia*, Lisboa, Fundação Oriente, p. 297.

⁴⁷ Alvarado, 1866, op. cit., p. 192.

⁴⁸ Antes de dar fin a su informe, Alvarado relata que estando en Ternate oyó el testimonio de un navegante de nombre Pero Diez acerca de “las islas de Japan”, a cuya descripción le dedica un extenso párrafo, auspicioso sobre su riqueza en plata. Dice que “son islas de mucha pesquería, la riqueza que tienen es plata, la cual tienen en barretas pequeñas (...) Dice [Pero Diez] que vendieron diez quintales de pimienta en seis mill ducados” (Alvarado, 1866, op. cit., p. 203). Según Knauth, se trata de “la primera relación de un occidental sobre el Japón” (Knauth, 1972, op. cit., p. 39). Sin embargo, no tiene la misma opinión Juan Ruiz-de-Medina, quien edita ese pasaje de la narración de Alvarado, pero señala que la primera fuente occidental sobre el archipiélago es un informe que el mercader luso Jorge Álvarez escribió a pedido de su amigo y confesor Francisco Xavier. Véase: Ruiz-de-Medina, Juan, *Documentos del Japón 1548-1558*, Roma, Instituto Histórico de la Compañía de Jesús, 1990.

la proa hacia Europa, y que su derrotero lo llevó a encontrarse en la isla de Ambón con el misionero navarro Francisco Xavier (1506-1552). A continuación abordaremos el relato que hizo Torres sobre esta misma aventura transpacífica.

Fe y auspicio luso en el periplo de Cosme de Torres según las Cartas de Évora

Cosme de Torres (1510-1570), religioso valenciano que había pasado ya casi cuatro años en la Nueva España, formó parte de la expedición de Villalobos. Según sus propias palabras, a pesar de tener allí “todas las abundancias temporales que se podían imaginar”, no se contentaba y “deseaba no sé qué”⁴⁹. Tras el derrotero de la armada en las Molucas, el valenciano permaneció en el sudeste asiático, en donde conoció a Francisco Xavier y se incorporó a las filas de la Compañía de Jesús. En 1549, año en el que redactó la carta que constituye nuestra segunda fuente documental, Cosme de Torres se dirigió junto a Francisco y otro jesuita, Juan Fernández, a Kagoshima, para dar inicio a la primera misión cristiana en territorio japonés.

La carta que Torres firmó en Goa el 25 de enero de 1549 fue incluida en el primer volumen de las *Cartas de Évora*, epistolario publicado en 1598 con el patrocinio del arzobispo local, Teotônio de Bragança. La obra, que forma parte del corpus jesuita sobre las misiones de ultramar, se inaugura significativamente con una dedicatoria a Francisco Xavier y Simão Rodrigues (1510-1579). Ambos, participantes de la fundación de la Compañía de Jesús en 1534⁵⁰, visitaron en 1540 al rey João III, quien “estaba ansioso de recibir jesuitas en su reino, apuntado a la cristianización de los gentiles en sus posesiones ultramarinas”⁵¹, y sellaron así el inicio de la evangelización en Asia.

La misiva que analizaremos, originalmente redactada en castellano pero publicada en portugués, narra los avatares que llevaron a Torres desde su España natal hasta la India, en donde aguardaba el embarque hacia Japón. Sin mención alguna a la armada española al mando de Villalobos, el jesuita relata: “partí el primer día de noviembre del año de 1542 para estas partes e islas del Poniente,

⁴⁹ “Tendo todas as abundancias temporaes quanto se podia imaginar”; “não contente com isto sempre desejava não sey que” (*Cartas de Évora*, 4r).

⁵⁰ En ese año los primeros jesuitas realizaron el voto conjunto que dio inicio a la orden. En 1540, ésta fue reconocida oficialmente a través de la bula *Regimini militantis ecclesiae* de Paulo III.

⁵¹ Hosne, Ana, *The Jesuit missions to China and Peru, 1570-1610. Expectations and appraisals of expansionism*, London y New York, Routledge, 2012, p. 49.

con una compañía de seis naves”⁵². El móvil de su decisión de abandonar Nueva España descansaba en una inquietud del valenciano, que —como ya hemos dicho— se sentía “buscando lo que no sabía”, con su intención de “servir a Dios” mezclada “con otros deseos”⁵³. Así, fuera del marco político de la competencia luso-castellana por el dominio del Pacífico, el ánimo turbado y una búsqueda espiritual fundamentaron la partida de Torres, primero, de Sevilla al Nuevo Mundo, y luego, desde allí hacia las Molucas.

El autor-narrador apenas se detiene en lo que vio en Nueva España, por la gran circulación en Europa de información al respecto⁵⁴. Por el contrario sí dedica dos de las siete columnas que componen su carta a describir las costumbres de algunos pobladores de las islas del Pacífico, incluidas las de Maluco, a donde llegaron junto a sus compañeros de viaje (es decir, la tripulación de Villalobos) “forzados por la necesidad, contra la voluntad de todos”. Mientras que en la relación de Alvarado el problema del hambre es reiterada una y otra vez, así como acentuada la involuntariedad del arribo a tierras lusas, en cambio, en la epístola de Torres, toda la experiencia en la Especiería se resuelve en dos oraciones:

Y forzados por la necesidad, contra la voluntad de todos, partimos y llegamos a Maluco, donde estuvimos cerca de dos años. Donde finalmente, por el parecer de algunos padres que allí estábamos y de algunos hidalgos, acordamos con el capitán de los portugueses que nos trajese para estas partes de la India, desconfiando de poder retornar a Nueva España: partiendo de aquella tierra, vinimos a la isla de Amboina [Ambón], en la cual encontré al padre Maestro Francisco⁵⁵.

⁵² “me parti ao primeiro dia de Novembro, no anno de 1542, para estas partes e ilhas do Poente, com seys naos de companhia” (*Cartas de Évora*, 4r).

⁵³ “me parti de Sevilla, buscando o que não sabia: & ainda que minha tenção era de servir a Deos, e foi sempre, todavia andei sempre mesturado com outros desejos”.

⁵⁴ “Pasando por las islas Canarias, y las de Santo Domingo, y muchas otras, cuyas qualidades no diré por ser manifestas a todos, vine a Tierra Firme, que se llama Nueva España” (“Passando polas ilhas das Canarias, e de S. Domingos, & outras muitas ilhas, as qualidades das quaes, por serem manifestas a todos, não direi, vim a Terra firme, que se chama a Nova Espanha”, *Cartas de Évora*, 4r).

⁵⁵ “E forçados da necessidade, contra vontade de todos nos partimos, & chegamos a Maluco, onde estivemos perto de dous annos. Donde finalmente polo parecer dos padres que aly estavamos, & de alguns fidalgos, nos averiguamos com o capitão dos Portugueses, desconfiando de poder tornar a Nova Espanha, que nos trouxesse para estas partes da India: da qual terra partindo, viemos por huma ilha de Amboyna, em a qual achei o Padre M. Francisco” (*Cartas de Évora*, 4v).

Luego, el jesuita insiste en la inquietud espiritual que, una vez fuera de Maluco, lo siguió acompañando. Tras el primer encuentro con Francisco Xavier, Cosme decidió continuar viajando para presentarse ante el obispo de la India, objetivo que logró tras pasar por las islas de Java, la fortaleza portuguesa de Malaca y el archipiélago de Maldivas. En Goa quedó al servicio de una iglesia por “cuatro o cinco meses”, pero no logró “hallar descanso” en su espíritu. Su búsqueda, entonces, prosiguió:

Y viéndome tan atribulado de pensamientos y grandes deseos, me vine a este Colegio de Santa Fe, y conversé con el padre Nicolás Lanciloto, que entonces era rector, y preguntándole sobre el modo y la manera de religión que tenían en esta Compañía (...) imprimió mucho en mi corazón esa nueva manera de vivir: allí determiné de ahí a pocos días hacer los ejercicios espirituales (...) Al cabo de dos días sentí tan grande quietud y reposo en mi alma, que de ninguna forma lo podía explicar⁵⁶

El punto de quiebre de la carta, hacia el que se direccionaba toda la narración anterior, es esta tranquilidad espiritual que Torres solo pudo alcanzar tras los ejercicios espirituales ideados por Ignacio de Loyola, cuyo hallazgo, puesta en práctica y posterior enseñanza a algunos “naturales de la tierra” ocupan la mitad final del documento. Menciona allí su labor docente en el Colegio de Goa y hace alusión, recién en el final de la epístola, al proyecto de iniciar la misión en “una tierra por nombre Japón”⁵⁷ ese mismo año, junto con Francisco Xavier. Finalmente, Cosme se despide de sus compañeros de la Compañía en Portugal rogándoles que oren por Francisco y él, que se encontraban a la espera de la temporada de vientos monzones para embarcarse hacia Kagoshima.

Con el relato de esta “iluminación”, la epístola contribuye a la construcción en tanto personaje del autor-narrador Torres, quien resultó ser una pieza fundamental en la fundación de la misión jesuita en Japón, donde ocupó el cargo de superior desde la partida de Francisco Xavier de regreso a la India,

⁵⁶ “E vendome tão atribulado de pensamentos, & desejos grandes, me vim a este Collegio de Santa fê, & pratiquei com o padre Nicolao Lanciloto, que então era Reitor, & preguntandolhe o modo e maneira que têm de religião em esta Companhia (...) imprimio muito em meu coração a nova maneira de viver: donde determinei daly a poucos dias fazer os exercicios spirituaes (...) ao cabo de dous dias senti tão grande quietação & repouso em minha alma, que em nenhuma maneira o podia explicar” (*Cartas de Évora*, 4v).

⁵⁷ “Y contándome el padre M. Francisco de una tierra de nombre Japón (...) diciéndome que deseaba llevarme allá consigo cuando regresase del cabo de Comorin, yo me ofrecí a eso” (“E dando conta ao padre M. Franciusco de hua terra por nome Japão (...) dizendome que desejava de me levar la consigo quando tornasse do cabo de Comorim, eu me offreci a isso”, *Cartas de Évora*, 5r, 1).

en 1551, hasta su muerte en 1570. La narración de la incansable búsqueda y la posterior tranquilidad alcanzada gracias al encuentro con Francisco y los ejercicios espirituales puede leerse como una sutil forma de proselitismo, pues aporta a la noción de transformación individual a través de una práctica religiosa específicamente jesuita. Así, este relato contribuía a la construcción de una imagen positiva de los misioneros jesuitas en general, y de la empresa nipona en particular.

En efecto, la escritura de misivas en el seno de la Compañía de Jesús constituyó una herramienta comunicativa con múltiples funciones. En principio, dada la diseminación de los misioneros en espacios tan diversos como Brasil, Malaca, Perú o Japón, la comunicación epistolar emergió como medio necesario para la organización administrativa de la institución ya durante la segunda mitad del siglo XVI⁵⁸. Pero lejos de conformar el único objetivo, las cartas también forjaron la identidad colectiva de los ignacianos, aportando a la “propaganda” del instituto⁵⁹. En palabras de M. Soledad Justo, “las cartas debían mostrar al centro romano, a los compañeros y al mundo los avances y los sacrificios de los jesuitas misioneros”⁶⁰. Se trataba, entonces, de “una correspondencia pensada no sólo para informar sino además para mostrar al mundo”⁶¹ la labor de la Compañía. Como explica Federico Palomo, se evidencia así el “carácter ‘construido’” de las cartas edificantes jesuitas, que apelaban a “estrategias narrativas determinadas”⁶² con el fin de conformar una imagen positiva del instituto, en el marco de disputas con otras órdenes en pos de la evangelización de los enclaves europeos ultramarinos. En este sentido, Michel de Certeau explica que durante el generalato de Claudio Acquaviva (1581-1615) “constituir

⁵⁸ Esta función administrativa de las misivas es sugerida por el propio fundador de la orden, Ignacio de Loyola, en la octava parte de las Constituciones de la Compañía de Jesús, que versa sobre “lo que ayuda a unir los repartidos con su cabeza y entre sí”, es decir, la comunicación entre los misioneros “repartidos” por las cuatro partes del mundo y sus respectivos superiores. Véase: Loyola, Ignacio de, “Constituciones de la Compañía de Jesús”. En Ignacio Iparraguirre, (Ed.), *Obras*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1963, pp. 416-595.

⁵⁹ Acerca de la doble función administrativa y edificante de las misivas jesuitas, véase: Nelles, Paul, “Chancillería en colegio: la producción y circulación de papeles jesuitas en el siglo XVI”, *Cuadernos de Historia Moderna*, Anejo XIII, 2014, pp. 49-70.

⁶⁰ Justo, María de la Soledad, “Que no es para todos. El deber de escribir en la Compañía de Jesús”, *Actas y comunicaciones del Instituto de Historia Antigua y Medieval*, vol. 9, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2013, p. 7.

⁶¹ Ídem.

⁶² Palomo, Federico, “Corregir letras para unir espíritus. Los jesuitas y las cartas edificantes en el Portugal del siglo XVI”, *Cuadernos de Historia Moderna*, Anejos IV, 2005, p. 60.

un lenguaje común”⁶³ fue un objetivo primordial de la orden, que apuntaba a fortificar “un *interior*”, esto es, una identidad jesuita que uniera a todos los ignacianos “repartidos” por las misiones de ultramar. Dentro de esa búsqueda, la escritura (no solo de cartas, sino también de biografías e historias) ocupó un lugar central.

De modo que la epístola de Cosme de Torres debe interpretarse en ese marco específico de escritura, lectura y circulación de misivas que fue la Compañía de Jesús⁶⁴. Torres, sin hacer mención a la expedición de Villalobos, y con escuetas descripciones de su experiencia en la Nueva España, hace hincapié, elocuentemente, en su búsqueda espiritual de la mano de la Compañía. Su narración contribuye, entonces, a la necesidad jesuita de exhibir no solo “los avances” de las misiones, sino también la especificidad de la identidad ignaciana, que en el caso analizado se vincula directamente con los ejercicios espirituales ideados por Loyola⁶⁵.

Por otra parte, también es posible inscribir el relato de Torres en la relación entre la corona portuguesa y la Compañía. Esta institución, ya desde 1540 contaba con el explícito apoyo del imperio luso para la evangelización en sus dominios asiáticos y americanos. De manera que la carta del misionero valenciano, editada en un epistolario portugués, formó parte de la narrativa oficial lusa que, a pesar de estar Portugal bajo el reinado de Felipe II desde 1580, procuraba asumir como propio el “descubrimiento” europeo de Japón. En efecto, el auspicio de João III a la Compañía no solo posibilitó la presencia jesuita en Asia, sino que posicionó al Portugal del siglo XVI como el centro de las comunicaciones con el extremo este asiático en todo el Viejo Mundo⁶⁶.

⁶³ Certeau, Michel de, “Historia de los jesuitas”. En *El lugar del otro*, Buenos Aires, Katz, 2007, p. 177.

⁶⁴ La circulación de misivas jesuitas constituyó una verdadera “red de información”, “cuyos flujos eran abundantes, seguían un ritmo regular y operaban a corta, media y larga distancia”. Nelles, Paul, 2014. op. cit., p. 52.

⁶⁵ Acerca de la práctica de los ejercicios espirituales y su significación identitaria, véase: Certeau, Michel de, “El espacio del deseo o el “fundamento” de los *Ejercicios espirituales*”. En *El lugar del otro*, Buenos Aires, Katz, 2007, pp. 257-267.

⁶⁶ Las informaciones sobre tierras por completo desconocidas en Europa, como el archipiélago nipón, durante la segunda mitad del XVI fueron escritas en gran medida por plumas de misioneros jesuitas, observadores privilegiados y cuya formación erudita era un requisito previo a la partida. Entre las tempranas ediciones de cartas jesuíticas escritas desde Asia, cuentan las impresas en Coimbra (1555, 1562, 1565, 1570); Lisboa (1593); además de la que aquí comentamos, editada en Évora en 1598. Para un listado exhaustivo de las ediciones en Portugal, véase: García, José Manuel, “Apresentação”, *Cartas que os padres e irmãos da Companhia de Jesus escreverão dos Reynos de Iapão & China... Primeiro tomo (Edição fac-similada da edição de Évora, 1598)*, Maia,

El Pacífico, las especias, la fe

El océano Pacífico, escenario de las aventuras de Villalobos y de Cosme de Torres que aquí hemos reconstruido, tempranamente constituyó un espacio de disputa, cuyo dominio resultaba estratégico para el comercio desde Europa tanto con la Especiería, como con el Asia continental y el Nuevo Mundo. Si el “descubrimiento” de esa gran masa oceánica a los ojos españoles data de 1513, cuando Núñez de Balboa avizó sus costas desde el istmo de Darién en Centroamérica, resulta elocuente la rapidez con la que se desarrolló la carrera por su hegemonía. Como hemos visto, menos de treinta años más tarde, portugueses y españoles se encontraron frente a frente, dispuestos los segundos a dar batalla aún en paupérrimas condiciones, en pos de prolongar la ocupación hispana de ese territorio.

Los dos documentos que elegimos para abordar ese periplo al mando de Villalobos contrastan, al menos, en focalización, conflicto, circulación y propósito. Sobre lo primero, mientras la crónica de Alvarado cuida la construcción colectiva de la tripulación (“los del campo”) desde cuya perspectiva relata, la epístola de Cosme de Torres compone un personaje de autor-narrador cuya búsqueda espiritual guía toda la aventura.

Acerca de lo segundo, en el caso de Alvarado el gran factor de encono es en primer lugar el hambre; luego, la tensión del relato se incrementa a partir del arribo de Jordão de Freitas y Hernando de Sousa, y el punto crítico se sitúa en el momento en que Villalobos se entrevistó con Sousa a solas, sin tomar en cuenta los sucesivos requerimientos del resto de los españoles. Por otro lado, en la carta de Torres el conflicto se desarrolla al interior del protagonista del periplo, que vivía atribulado por “imaginaciones” y “tentaciones” de puerto en puerto, hasta la resolución final de sus contradicciones a través de los ejercicios espirituales, en el seno de la Compañía de Jesús.

En cuanto a la circulación, la narración de Alvarado forma parte de un volumen que sacó a la luz documentos inéditos del Archivo de Indias recién en la segunda mitad del siglo XIX; por el contrario, la carta de Torres fue traducida y publicada menos de cincuenta años después de su escritura, en un epistolario

Castoliva, 1997, pp. 17 y ss. También hay que mencionar la labor de misioneros de otras órdenes, como el franciscano Martín Ignacio de Loyola, cuyo *Itinerario* fue publicado en un volumen sobre China a fines del siglo XVI (*Historia de las cosas más notables, ritos y costumbres del gran reyno de la China, sabidos assi por los libros delos mesmos chinas, como por relacion de Religiosos y otras personas que an estado en dicho Reyno*, Roma, 1585; reeditado en Barcelona, 1586).

jesuita que ha sido considerado “cúpula de todas [las ediciones] anteriores”⁶⁷, las *Cartas de Évora* de 1598. En relación con los propósitos explicitados en las fuentes, mientras Alvarado pretendía informar su versión de los hechos al rey de España, Cosme buscaba contar a sus cofrades jesuitas en Europa la historia de “un pobre siervo, que aquí en esta Compañía halló reposo”⁶⁸ —es decir, él mismo— no solo para que apoyaran el misionado en Japón desde el Viejo Mundo sino también para alentar sus vocaciones apostólicas en ultramar.

La suerte editorial de ambos documentos nos brinda una pista para dar sentido a este contrapunto. Entendemos que la relación de Alvarado constituye el relato del fracaso de una expedición, que en lugar de retornar a la Nueva España promisorio de descubrimientos y conquistas, debió negociar con los portugueses para poder sobrevivir. Nulo interés diplomático habría de tener su publicación, que solo se efectuó con fines historiográficos tres siglos después de su escritura. Muy por el contrario, en el caso de Torres, la apropiación lusa de las palabras del valenciano evidencia el interés que revistió la presencia de la Compañía de Jesús a los fines no solo religiosos sino también políticos y comerciales de la Corona portuguesa en Japón. Creemos que la inclusión de la epístola en la colección de *Cartas de Évora* debe entenderse en vínculo con esos intereses.

En este sentido, los jesuitas, al menos en el período inicial de la misión entre 1549 y 1598, legitimaron y consolidaron las relaciones comerciales entre portugueses y japoneses, estableciéndose como mediadores entre los *daimyo*⁶⁹ locales y los mercaderes lusos. Los primeros anhelaban las tecnologías europeas de las que Japón carecía (como la escopeta)⁷⁰; los segundos, la plata japonesa; los jesuitas, la protección de los *daimyô* para sobrevivir y predicar libremente en el hostil ambiente de la guerra civil que azotaba al archipiélago nipón⁷¹. De ahí que la edición de textos fuera veloz, pues contribuía a situar a Portugal

⁶⁷ García, José Manuel, 1997, op. cit., p. 20.

⁶⁸ “determinei fazerlhes saber (padres e irmãos meus em IESU) de hum pobre servo, que aqui nesta Companhia achou o repouso” (*Cartas de Évora*, 4v, 1).

⁶⁹ “Los grandes señores *daimyô* (...) tenían dominios cuyo producto anual según la estimación oficial en términos de arroz era de más de 10.000 *koku*”. Un *koku* equivale a ciento ochenta litros. Tanaka, Michiko, *Historia mínima de Japón*, México, Colegio de México, 2010, p. 134.

⁷⁰ Para más detalles sobre la exportación de la escopeta a Japón, véase: Lidin, Olof, *Tanegashima. The arrival of Europe in Japan*, Copenhagen, Nordic Institute of Asian Studies, 2002.

⁷¹ Sobre las guerras intestinas en Japón durante el *sengoku jidai* o “Época de los Estados en guerra”, véase: Elisonas, Jurgis, “Christianity and the Daimyo”. En John W. Hall, (Ed.), *The Cambridge History of Japan*, volume 4, Cambridge University Press, 1991, pp. 301-424.

como motor de las relaciones entre el Viejo Continente y las remotas tierras del *Cipango* de Marco Polo, ahora revestidas de plata tangible y habitadas, en palabras de Francisco Xavier, por la “mejor [gentilidad] que hasta ahora se ha descubierto”⁷². En suma, la alianza entre portugueses y jesuitas en Japón buscaba perpetuar la exclusividad comercial para los primeros, y en materia de fe para los segundos. Como veremos a continuación, la contraparte española para esta alianza no tardó en arribar a las preciadas costas niponas, inaugurando un nuevo capítulo de los enfrentamientos luso-hispánicos aquí estudiados.

Consideraciones finales: mendicantes y jesuitas en Japón como antesala del cerramiento nipón

En 1564, una expedición de bandera española, liderada por Miguel López de Legazpi y Andrés de Urdaneta, conquistó las islas Filipinas, así llamadas en honor a Felipe II, y fundó la ciudad de Manila, enclave hispánico estratégico para las navegaciones del Pacífico. Con este logro español, el intento portugués por monopolizar el dominio europeo en el área encontró su final. Pues esa misma expedición logró establecer el viaje de regreso desde Manila hasta Nueva España, lo cual posibilitaba la comunicación directa entre Asia y la América española sin la intromisión en los terrenos de dominio luso. Con el establecimiento del Galeón de Manila, que vinculaba esa ciudad con Acapulco todos los años, los españoles hicieron de la cuenca del Pacífico un espacio de “movilización en profundidad”⁷³ de personas, objetos, ideologías⁷⁴.

Así comenzó una nueva etapa de la competencia ibérica en el Pacífico, en la que los españoles proyectaron arribar, desde Filipinas, a Japón y a China. Mientras la corona lusa auspiciaba el misionado de la Compañía de Jesús, el imperio español se alió con las órdenes mendicantes para legitimar su presencia en el archipiélago nipón y el Asia continental⁷⁵. En palabras de Charles Boxer, “el monopolio portugués del comercio ultramarino japonés y el monopolio jesuita de la misión en Japón (...) fueron igualmente amenazados por la aparición de

⁷² “a gente que ategora temos conversado, he a melhor que atesora está descubierta, & me parece que antre gente infiel não se achará outra que ganhe aos Japões” (Francisco Xavier en su epístola del 15 de noviembre de 1549 desde Kagoshima, *Cartas de Évora*, 9v).

⁷³ Gruzinski, Serge, *Las cuatro partes del mundo. Historia de una mundialización*, México, Fondo de Cultura Económica, 2010, p. 52.

⁷⁴ Sobre el Galeón de Manila y la relevancia del Pacífico en el comercio global durante los siglos XVII y XVIII, véase: Bonialian, Mariano, *El Pacífico hispanoamericano. Política y comercio asiático en el Imperio Español (1680-1784)*, México, El Colegio de México, 2012.

⁷⁵ Véase: Gil, Juan, *Hidalgos y samurais*, Madrid, Alianza, 1991, pp. 24 y ss.

comerciantes y hermanos misioneros españoles venidos de Filipinas⁷⁶. Ante la sociedad luso-jesuita, entonces, asomó el “partido”⁷⁷ hispano-mendicante, y ambas alianzas se enfrentaron mutuamente también en el campo discursivo.

En palabras de Ana Fernandes Pinto, sucesivas ediciones de uno y otro lado deben ser entendidas en el marco de una “lucha que los jesuitas sostuvieron por la defensa del exclusivo derecho de misionado en el archipiélago” japonés⁷⁸. En particular, la edición del epistolario del que tomamos la misiva de Torres, las *Cartas de Évora*, se enmarcó en esa contienda editorial que los jesuitas llevaron adelante a través de la sistemática impresión de variados documentos redactados tanto desde las misiones como en Europa (no solo cartas, sino también historias, biografías, diálogos, etc.)⁷⁹. Auspiciado por el poderoso arzobispo de Évora, Teotónio de Bragança, quien además encabezó una renovación administrativa y cultural en su diócesis, el epistolario buscaba evidenciar el éxito de la misión japonesa, y la necesidad de que continuara únicamente bajo el mando de la Compañía de Jesús⁸⁰.

En este marco, cuando arribaron a la ciudad japonesa de Hirado cuatro franciscanos y dominicos desde Manila en 1584 con el objetivo de dar inicio a la misión mendicante en Japón, el visitador de la Compañía de Jesús, Alessandro Valignano, argumentó abiertamente en pos de que Roma mantuviera la exclusividad jesuita en ese territorio⁸¹. A pesar de la posición jesuita, la

⁷⁶ Boxer, Charles, *O imperio marítimo português. 1415-1825*, San Pablo, Companhia das Letras, 2002, p. 79.

⁷⁷ Sola, Emilio, *Historia de un desencuentro. España y Japón, 1580-1614*, Archivo de la Frontera, 2012, p. 27.

⁷⁸ Fernandes Pinto, Ana, *Uma imagem de Japão. A aristocracia guerreira nas cartas jesuítas de Évora (1598)*, Macau, Instituto Português de Oriente, 2004, p. 25.

⁷⁹ En este sentido, el recurso de la imprenta también aportaba a la consolidación de una imagen deliberadamente positiva de la orden. Acerca de las sucesivas ediciones de la biografía de Ignacio antes de su canonización (1622), véase el ya citado: Certeau, Michel de, “Historia de los jesuitas”, op. cit., pp. 179 y ss.

⁸⁰ Sobre Teotónio de Bragança, véanse: Palomo, Federico, *Poder y disciplinamiento en la diócesis de Évora: el episcopado de D. Teotónio de Bragança (1578-1602)*, tesis doctoral, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 1994; Serrão, Vitor, *Arte, religião e imagens em Évora no tempo do Arcebispo D. Teotónio de Bragança, 1578-1602*, Vila Viçosa, Fundação Casa de Bragança, 2015.

⁸¹ Señala Valignano en el *Sumario de las cosas de Japón*: “(...) una de las principales cosas que mueve a los japones a dejar sus sectas y a tomar nuestra ley es ver la diversidad que hay entre las sectas de los japones y entre los bonzos de unas mismas sectas, y por otra parte la conformidad en todo lo que nosotros decimos, no hallando entre nosotros alguna diferencia, por donde concluyen que las cosas de sus sectas son mentiras e invenciones de los hombres, y las nuestras son verdaderas y cosas de Dios, pues son tan ciertas. Y si ahora fuesen otras religiones

presencia de predicadores mendicantes se mantuvo en el archipiélago nipón hasta que, a principios del siglo XVII, todos los predicadores del cristianismo, fueran españoles o portugueses, franciscanos o jesuitas, debieron abandonar el territorio bajo pena de muerte.

La instauración en Japón de una estricta política de expulsión a los misioneros y mercaderes ibéricos respondió a la decisión de los gobernantes nipones de cerrar sus fronteras⁸². Ahora bien, las medidas apuntaban específicamente a los ibéricos y su pretensión de expansionismo religioso pues, en cambio, la Compañía Holandesa de Indias continuó comerciando en el puerto de Nagasaki. De modo que el afán por “conquistar” las almas de los japoneses, que en la perspectiva europea estaba estrechamente vinculada con el dominio comercial en el área del Pacífico, fue vislumbrado por la nueva clase gobernante japonesa como una amenaza contra la propia autonomía. La alianza estratégica entre misioneros, comerciantes y reyes europeos, así decodificada por el gobierno nipón, provocó la deliberada autoexclusión japonesa de la nueva configuración mundial del siglo XVI.

Como hemos analizado en este trabajo, esa nueva configuración –en la que Europa pretendía ocupar el centro estratégico, mientras Asia y América fueron territorios concebidos en función de la expansión de ese centro– se consolidó no solo a través de los viajes, las misiones, los enclaves coloniales, sino también gracias a las ediciones que nutrían el imaginario mundial en el Viejo Mundo. Por un lado, las divergencias entre las dos fuentes que analizamos aquí manifiestan los intereses encontrados de dos potencias imperialistas europeas; por otro lado, en ambas subyace una concepción común acerca de los territorios no-europeos, que son entendidos como espacios para la *expansión* (ya fuera espiritual o militar). En este sentido, ambos documentos delinean un mismo posicionamiento del espacio identitario propio (España o la Compañía de Jesús)

[órdenes] con diversos hábitos, diverso modo de proceder y diversas opiniones, aunque no sea en las cosas que son de fe, como los japones no sepan hacer tanta distinción, cualquiera contrariedad que entre otros religiosos y nosotros hubiese, sin duda creerían que somos de distintas sectas”. Valignano, Alessandro, *Sumario de las cosas de Japón*, Tokyo, Sophia Daigaku, 1954, p. 144, nuestro destacado.

⁸² La escalada de medidas del cerramiento o *sakoku* (literalmente, “país encadenado”) comenzó durante el gobierno de Tokugawa Ieyasu (1543-1616). El análisis detallado de esta coyuntura excede los objetivos de este trabajo. Remitimos a: Tanaka, Michiko, op. cit., pp. 123-180; Coutinho, Valdemar, *O fim da presença portuguesa no Japão*, Lisboa, Sociedade histórica da independência de Portugal, 1999; Knauth, 1972, op. cit., pp. 321-360; Elison, George, *Deus Destroyed. The Image of Christianity in Early Modern Japan*, Cambridge, Harvard University, 1973, pp. 109-254.

en tanto centro regulador y expansible hacia nuevas latitudes, entendidas como periferias. Las empresas editoriales, entonces, tanto como las expediciones militares, contribuyeron a forjar, consolidar y propagar ese imaginario sobre el orden del mundo, piedra basal de la temprana modernidad europea.